

ALFAGUARA INFANTIL

Delia Degú y su sombrero

Cecilia Beuchat

Ilustraciones de Vicky Ramos





Cuando Delia Degú escuchó la noticia del concurso de sombreros, movió su cola de pelos largos en forma de pincel y decidió participar.

Muy entusiasmada, fue a buscar las bases para estudiarlas cuidadosamente.



«Sombreros... un sombrero por participante», leyó Delia. Podía ser de cualquier tipo, pero lo que más se tomaría en cuenta era el diseño de los adornos.

¿El premio? Pues ni más ni menos que un viaje ida y vuelta a la laguna de Los Sauces, con una estadía de una semana, incluido alojamiento y todo tipo de alimentación.


Delia Degú no lo pensó dos veces, y esa tarde, cuando caía el sol, se acercó con mucho cuidado al granero. Allí había descubierto, hacía algunas semanas, un sombrero de paja, entre los canastos con manzanas. Era de la muñeca de la hija del granjero, y la niña lo había dejado abandonado ahí.





Sin que nadie la viera, lo tomó. Agarrándolo fuertemente con sus dientes anaranjados, lo llevó hasta su hogar, en las galerías construidas entre unas rocas.

Allí lo miró bien. Era un sombrero de paja dorada como el sol. Estaba un tanto aplastado y en una parte del ala se asomaban unas hebras. A Delia Degú no le importó. Si lo adornaba bien, de seguro, podría ganar la competencia.



Entonces revisó su despensa. No había mucho para adornar un sombrero... ¿Qué podría hacer?



A la mañana siguiente salió muy temprano. Cerca de su casa se encontró con Lala Lagartija, que disfrutaba de los primeros rayos de sol.

—¡Hola, vecina! —saludó Lala—, ¿adónde vas tan temprano?

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar? —le contestó Delia.



Lala Lagartija se rió:

—¿Adornos? Ay, no. Tendría que moverme y el sol está empezando a calentar. Pero, ¿sabes? Te voy a regalar mi cola, la acabo de perder.

Delia Degú aceptó, le dio las gracias y siguió.



Por el camino se encontró con Sapo Cuatro Ojos, que le preguntó:



—Delia Degú, ¿qué andas buscando?
—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?
El sapo se puso a pensar y luego dio unos saltos hacia una poza. Allí tomó diez piedrecitas negras y se las pasó.
Delia Degú le dio las gracias y siguió.

No había avanzado mucho, cuando se encontró con Araña Pollito.

—¿En qué andas, Delia Degú? —quiso saber.

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?

—Adornos, vaya, vaya... no, adornos, no, pero te podría hilar un fino velillo. ¿Qué es un sombrero sin velillo? Nada...

En un dos por tres, la araña se subió a su tela y tejió rápidamente algunas finas hebras.

Delia Degú le dio las gracias y siguió.





Algunos minutos después se encontró con Mariposa Colorada.

—¡Qué tal, Delia! ¿Qué andas buscando? —dijo con voz alegre.

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?

—Adornos... ¡qué divertido! ¿Qué clase de adornos?

Antes de escuchar la respuesta, la mariposa se encumbró en el aire y le mostró a Delia dónde cortar un hermoso manojo de chilcos. Luego, le ayudó a formar un ramito con azulillo, dedales de oro y un poco de manzanilla.

Delia Degú le dio las gracias y siguió.



Cuando llegó hasta el río, Delia se encontró con Pájaro Sietecolores.

—Distinguida amiga, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?

—¡Por supuesto! ¡Qué más faltaba! Y diciendo esto se sacó una pluma de cada color.

Delia Degú le dio las gracias y siguió.



Cerca de allí había unos eucaliptos, y junto a los troncos estaba Liebre Solitaria.

—Muy buenas, Delia. Tanto tiempo sin verte. Dime, ¿en qué andas por estos lados?

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?



—¿Qué? ¿Adornos? Hum... Aquí tengo muchos adornos —y tomando un par de semillas de eucalipto se las pasó.

Delia Degú le dio las gracias y siguió.



Como a mediodía, Delia divisó el mar. Allí, un tanto enterrado en la arena, estaba Cano Cangrejo.

—Deli, querida, dichosos los ojos que te ven. ¿En qué te puedo servir?

—Busco adornos, hermosos adornos para mi sombrero. ¿Tienes algo que me puedas dar?



—¿Conchitas?, las que quieras.

Entonces, Cano Cangrejo agarró con sus tenazas tres choritos negros, dos caracolas rosadas y un barquillo largo color miel y se los entregó.

Luego de agradecer y despedirse, Delia Degú decidió volver a casa.

Su canastita pesaba bastante.

Descansó un momento junto a unos matorrales. Mientras estaba allí, se puso a pensar cómo sería el diseño del sombrero. No dudaba que tenía muchos adornos, pero debía ponerlos y combinarlos. Entonces comenzó a dibujar en su cabeza la forma en que lo iba a hacer.





De pronto, Delia Degú se sobresaltó. Faltaba un pequeño detalle. ¿Cómo se iban a sostener todos los adornos?

Miró el cielo y suspiró; entonces, sus ojos se posaron en un enorme panal que había en un peumo donde las abejas estaban trabajando a todo dar. Delia las miró, y al ser descubierta les explicó su problema.




—Muy sencillo —dijo entonces la soberana—. No hay para qué desanimarse tan rápido. Le pediré a algunas obreras que saquen cera y te la den.





Y así fue como esa tarde, Delia Degú llegó a su casa con su canastita llena de adornos y una hoja con un poco de cera de abejas. Luego cayó exhausta y se durmió.





Al día siguiente, Delia Degú adornó el sombrero de paja. Puso cuidadosamente la cera al sol y fue pegando uno por uno todos los regalos de sus amigos:

La piedrecitas de Sapo Cuatro Ojos,
el velillo de Araña Pollito,
las flores de Mariposa Colorada,
las plumas de Pájaro Sietecolores,
las semillas de Liebre Solitaria y
las conchitas de Cano Cangrejo.

¿Y la cola de Lala Lagartija?
¿Qué podría hacer con ella?
«Pues, simplemente, un elegante lazo
hecho un rosetón», pensó Delia.



A Delia le palpitaba el corazón. Sus dientes en forma de ocho castañeteaban de emoción. Tenía tantos deseos de conocer la laguna de Los Sauces; siempre había soñado con saber qué había en la otra orilla.

—Señores y señoras, —anunció entonces Jaime Jilguero, que hacía de maestro de ceremonia:



—El Honorable Jurado ha dado su veredicto. El ganador es... ¡Pedro Peuco! Él ha presentado un hermoso sombrero de copa adornado con plumas de raros colores... Cabe destacar que el diseño presenta...

Delia Degú no quiso escuchar más. Retiró su sombrero y se alejó del lugar. Estaba triste por haber perdido.

Entonces se lo probó y se miró en una poza de agua. ¡Era tan bonito!

Volvió a mirarse en el agua. El conjunto de adornos se reflejaba con mucho brillo.

De pronto, su corazón se llenó nuevamente de alegría. Una vez más contempló el sombrero y sonrió.

«Adornos, muchos adornos, y todos regalados con cariño y amistad», pensó.

Entonces, Delia Degú se sintió una verdadera ganadora.



CECILIA BEUCHAT R.

Nació en Santiago de Chile. Se tituló de profesora de castellano y es también magíster en letras con mención en literatura hispánica. Es profesora titular de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigadora y autora de numerosos libros y artículos especializados en el área del lenguaje, la literatura infantil y la escritura creativa. Escritora de cuentos para niños. Ha participado en un gran número de eventos académicos en Chile y el extranjero.

En Alfaguara Infantil ha publicado *Genio de alcachofa* y en la colección Mar de Libros de Santillana es autora de *El molinillo mágico*, *Los dos regalos* y *La viejecita y el cerdo*.

DESDE **6** AÑOS

Delia Degú y su sombrero

Cecilia Beuchat

Ilustraciones de Vicky Ramos

Plumas, flores y velos son algunos de los regalos que recibe Delia Degú para adornar su sombrero.

Hace días que la pequeña degú sólo sueña con ganar el concurso que tan ilusionada la tiene.

Sus amigos le aportan variados adornos, pero ella descubrirá que le han dado mucho más.

ALFAGUARA

INFANTIL

ISBN 956-239-358-5



9 789562 393584